

ph

JOSEPH DE MAISTRE,
OTRA MIRADA A LA ILUSTRACIÓN¹

66335

SILVIA CRISTINA MARÍN D.
Universidad de Antioquía

RESUMEN

Este artículo es una introducción al pensamiento del autor saboyano. Se exponen brevemente sus ideas filosóficas, religiosas y políticas, las tres en franca contradicción con lo que la ilustración pretendió instaurar y de las que de Maistre fue testigo. La Revolución Francesa fue el detonante para que Joseph de Maistre lanzara todos sus argumentos en contra de la razón y de las pretensiones desmedidas de sus representantes, que tantos y tan drásticos cambios ocasionaron en el siglo XVII. A los planteamientos del Siglo de las Luces, de Maistre contraponen el dogma, lo oscuro y lo irracional como fundamentos del verdadero conocimiento científico y filosófico. Esta idea lo llevó a reivindicar a Dios como única fuente de la autoridad política y por esto defendió a la monarquía y a la religión como sus legítimos representantes en la tierra, responsables de guiar el destino político de los hombres. El ensayo ilustra cómo de Maistre se opuso manifiestamente a autores tan determinantes en el pensamiento filosófico occidental como Rousseau, Locke, Voltaire y Hume.

PALABRAS CLAVE

Joseph de Maistre, Ilustración, Siglo de las Luces, Regímenes totalitarios, Revolución Francesa, Monarquía, Dogma, Providencia, Veladas de San Petersburgo, Consideraciones sobre Francia.

ABSTRACT

This paper is an introduction to de Maistre's thought. His philosophical, religious and political ideas are expounded, all in open contradiction to what illustration intended to instate. French Revolution was the motivation for de Maistre's arguments against reason and against the exaggerated pretensions of its main representatives. De Maistre rejects the proposals of the Century of Lights, and proposes the irrationality and obscurity as foundations of the true scientific and philosophical knowledge. This idea led him to the vindication of God as the only source of political authority and, for this reason, he defended the monarchy and religion as the legitimate intermediaries of God in the earth, responsible for the guidance of man's political fate. The paper illustrates the way in which de Maistre was openly opposed to authors so important for Modernity such as Rousseau, Locke, Voltaire and Hume.

KEY WORDS

Joseph de Maistre, Illustration, Century of the Lights, French Revolution, Monarchy, Dogma, Providence, St. Petersburg's nights, Considerations about France.

¹ Recibido el 20 de Agosto y aceptado el 3 de Octubre de 2003.

Al abordar el tema de la ilustración, pocas veces son tocadas las doctrinas y autores que contradicen los principios e innovaciones que esta época introdujo, tanto en el desarrollo de la filosofía como de la ciencia, las artes, los gobiernos y las naciones. Probablemente la razón para que esto ocurra es la preeminencia alcanzada por la revolución filosófica y política del siglo XVII por encima de los pocos autores y doctrinas que trataron de contener los cambios inminentes que esta revolución traía consigo. Sin embargo, es importante no olvidar la importancia de estos detractores, cuyas doctrinas pudieron no haber alcanzado gran importancia entre sus contemporáneos, pero que adquieren gran valor si se las estudia como precursoras de regímenes que bajo los preceptos de la Ilustración hubiera sido imposible predecir, así como por ilustrarnos de forma realista acerca de una época en la que el entusiasmo por los nuevos cambios no dejaba cabida a miradas críticas (y realistas) del presente y del porvenir.

Joseph de Maistre se cuenta entre los autores que se atrevieron a denunciar los peligros y excesos de una época en la que todo auguraba cambios positivos, liberaciones saludables y sobre todo el desplazamiento de la superstición por la razón. Por prometedor que pudiera ser el panorama, este autor saboyano encuentra descabellado todo lo que la Ilustración es y representa. En su obra, tachada por muchos de oscura, dogmática e irracional, presenta sus argumentos en contra de todo aquello que la Ilustración pretende instaurar a todos los niveles, contraponiendo como principal argumento lo que es atacado por sus contemporáneos ilustrados, esto es, el régimen monárquico, el método científico basado más en la intuición que en el experimento y la filosofía dogmática, supersticiosa e incluso irracional.

Al abordar los temas religiosos, por ejemplo, lo que más ocupa la labor argumentativa del autor es contraponer la visión ilustrada a la suya propia. Al optimismo ilustrado, en el que el hombre es por esencia bueno, lo que lo puede llevar a alcanzar la salvación y la gracia por medio de sus obras, de Maistre contraponen su versión pesimista en la que atribuye al hombre una naturaleza malvada que vicia todos sus actos y destinos, al abusar de la bondad de la Providencia para con él, convirtiéndolo así en el único responsable del advenimiento del mal sobre la tierra. Esta teodicea se asienta en uno de los dogmas más detestados y atacados por la Ilustración: el dogma del Pecado original. Sobre él de Maistre construye todo su discurso, que no tiene otro objeto que justificar a la Providencia por sus castigos y actitudes, tan cuestionados por filósofos ilustrados como Voltaire. De Maistre arremete contra estos autores y sus cuestionamientos, tachando de profano y culpable cualquier intento del hombre por poner en entredicho las acciones providenciales para excusar su propia maldad y culpabilidad.

Estos cuestionamientos tienen que ver sobre todo con la queja que dirigen los mortales a la divinidad acerca de los privilegios de la maldad, que no está sujeta a sufrir los castigos impartidos tan constantemente a la bondad y a la justicia (Voltaire, poema sobre el desastre de Lisboa). De Maistre desmiente por principio esta pretendida injusticia por parte de la Providencia. Para él, la Providencia imparte indiferentemente gracias y calamidades, de manera que el hecho de que le toque en suerte sufrir a un hombre justo, no constituye una injusticia sino una desgracia. De esta forma, teniendo el bien y el mal un carácter azaroso y estando por ello todos los hombres sujetos por igual a padecer calamidades o a gozar de prebendas, lo que le queda al hombre es vivir sujeto a las leyes de Dios, condicionando a ellas su obrar y acudiendo a la oración para hacerse merecedor de la gracia y el perdón ante la situación de desgracia en la que lo pone su sola condición humana y la maldad que le es inherente.

De esta forma queda enunciada la incidencia directa de la Providencia en la justicia temporal, como ente que la administra. De la misma forma, queda también excluida de toda sospecha de culpabilidad acerca del advenimiento del mal sobre la tierra, siendo únicamente autora del mal que castiga y no del que constituye la culpa. Y dado que la acción del crimen y el pecado es constante, también lo debe ser la acción que lo condena y lo castiga, lo que

niega a la vez la pretendida impunidad del crimen con el que los culpables pretenden juzgar a la Providencia. Estos castigos van desde catástrofes naturales tales como terremotos, inundaciones y plagas, hasta enfermedades, las cuales están estrechamente relacionadas con el incurrimento en pecados, de suerte que la virtud está también vinculada inminentemente con la salud. En este punto el autor hace especial énfasis en las enfermedades relacionadas con los desórdenes sexuales, que deben ser refrenados, así como las demás inclinaciones viciosas del hombre para resguardarse de enfermedades y castigos.

La Providencia no hace distinción, en la administración de los castigos, entre las faltas cometidas por determinado individuo y las que han cometido sus antepasados, pues a causa del pecado original, que degrada al hombre y a su descendencia, ésta queda convertida en pecadora potencial, lo que la hace merecedora de cualquier mal que pudiera recaer sobre ella. La explicación que da de Maistre del Pecado original, queda perfectamente resumida en el siguiente párrafo: "No pudiendo ser la degradación sino una pena, y suponiendo la pena un crimen, la razón por sí sola se encuentra conducida, como por fuerza, al pecado original; porque siendo nuestra funesta inclinación al mal una certeza de sentimiento y de experiencia proclamada por todos los siglos, y no habiendo esta tendencia, que siempre se halla mas o menos victoriosa de la conciencia y de las leyes, cesado nunca de producir transgresiones de toda especie en la Tierra, jamás ha podido reconocer y deplorar el hombre ese triste estado sin confesar por ello mismo el triste dogma de que os hablo, porque no se puede ser malvado sin ser perverso, ni perverso sin ser degradado, ni degradado sin ser castigado, ni castigado sin ser culpable" (Veladas de San Petersburgo, p. 68.).

Queda así sentado una vez más que es la maldad del hombre la semilla del mal que infecta la tierra, lo que constituye el argumento central de su teodicea. El antídoto contra esta maldad es la oración, capaz tanto de evitar el castigo, conteniendo las acciones viciosas del hombre, cuanto de mitigarle, acudiendo a ella una vez cometida la falta. Este poder de la oración constituye un desafío a las doctrinas ilustradas que pretenden negar un origen inmaterial a todo cuanto acontece en el mundo sensible.

Así, tanto el castigo como la oración poseen una virtud purificadora que es rescatada por de Maistre por cuanto ponen al hombre en una

posición de sumisión ante la Divinidad. Las penas enviadas al hombre por la Providencia son verdaderas gracias en la medida en que lo preservan de sufrir castigos peores en la otra vida. Esta reivindicación del sufrimiento como elemento edificante, así como otros muchos aspectos en los que de Maistre defiende el cristianismo y ascetismo a ultranza, contribuyen a que se haya considerado a de Maistre un "profeta del pasado" aún por sus contemporáneos, y esto debido al auge que en los siglos XIX y XX llegaron a alcanzar doctrinas que se oponían por principio a este "espíritu sacerdotal" como denomina Nietzsche a este cristianismo extremo profesado por el autor saboyano. El sistema filosófico que presenta Joseph de Maistre en sus obras va muy de la mano con sus enunciados acerca de la religión. En este, Maistre también reivindica el papel de lo oculto e inmaterial por encima de lo empírico y materialista, fundamentando todo conocimiento y ciencia verdaderos sobre los pilares de la religión cristiana. Para esto, de Maistre se vale de las críticas lanzadas a la filosofía de la ilustración y a sus principales exponentes por pretender alejar al hombre de lo que debería ocupar tanto sus acciones como sus pensamientos y esfuerzos investigativos, es decir, la importancia de la Providencia como causa primera y conductora del obrar humano.

Con el pecado original, el hombre no sólo perdió su estado de gracia y de bondad, sino también de sabiduría, por lo que todos sus esfuerzos científicos son un tender hacia ese estado primitivo. Esto desvirtúa los postulados Ilustrados según los cuales el desarrollo científico es progresivo y aumenta a medida que se van acumulando conocimientos. Este postulado pretende también desmentir las teorías en las que Rousseau aborda al salvaje como semejante al hombre primitivo. Para Maistre el salvaje no es otra cosa que una rama desprendida del árbol social como consecuencia de una prevaricación a la que da el nombre de *pecado original de segundo orden*. Este no será el único aspecto en el que Maistre arremeta contra autores como Rousseau y Voltaire y la benevolencia ingenua con la que abordan al hombre, otorgándole una naturaleza buena que, según de Maistre, es desmentida por cada acción humana.

Otro aspecto en el que de Maistre pretende desmentir las teorías ilustradas, es el origen material que muchos autores suponen de las ideas. Sus críticas se centran en los postulados de Locke. A éstos, de

Maistre contrapone un origen suprasensible y emprende una larga defensa de las ideas innatas presentando varios argumentos que oponen la individualidad que representa lo captado con los sentidos con la universalidad de lo que es aprehendido tan solo por la inteligencia y el entendimiento.

De Maistre insiste constantemente en las desmedidas pretensiones que alcanzaron la filosofía y la ciencia en el Siglo de las Luces, en el que se otorga a la figura del filósofo y del científico una preeminencia exagerada que, auxiliada por los nuevos métodos científicos, emprenden peligrosas exploraciones en terrenos que no le son dados a la naturaleza humana explorar, por lo cual la Providencia los ha mantenido lejos del alcance de la inteligencia humana. De esta manera, Maistre emprende de manera temeraria la defensa de lo oculto en pleno auge de la liberación del espíritu y del conocimiento. Dado que la inteligencia humana no tiene la capacidad para desvelar completamente estos asuntos en los que se fundamenta el origen de toda ciencia y de todo conocimiento, es decir, los dogmas católicos, lo que debe hacer el hombre es limitarse a reconocer estos dogmas como depositarios de la ciencia verdadera, guardándose de entregarse a investigaciones que no pueden por ningún motivo conducir a ningún resultado útil.

La religión cristiana, como fuente de toda ciencia verdadera, se cuida mucho de no entorpecer su desarrollo pero no se ocupa de proporcionar al hombre herramientas para penetrar sus misterios. Esto con respecto a la indagación atrevida que se hace de las causas de fenómenos naturales de los cuales sólo la Providencia posee la explicación. En este punto se reivindicaban las explicaciones mitológicas de los antiguos frente a las teorías materialistas de los ilustrados, lo que ubica la ciencia de aquellos por encima de la de estos, al concentrar sus esfuerzos en temas elevados en lugar de desperdiciarlos en vanas investigaciones. Nuevamente lo dogmático y supersticioso es defendido por de Maistre frente a lo racional. Maistre quiere prevenir a los hombres de su época, en especial a los jóvenes, del peligro en el que se incurre al despojar a la divinidad del privilegio y del dominio que tiene sobre los fenómenos materiales, que influyen directamente en el desenvolvimiento del hombre dentro del mundo. La filosofía del siglo XVIII, niega cabida a la devoción que debe, según Maistre, guiar los actos humanos y lleva a una mala

comprensión de la ciencia, que desvía del verdadero camino y de la indagación legítima.

Así, la ciencia alcanzó su máximo florecimiento cuando estuvo dirigida por sacerdotes. Por el contrario, la ciencia del siglo XVIII encarna una gran peligrosidad por cuanto pretende negar los dogmas que sustentan el edificio científico y alejar al hombre de su vínculo con la divinidad, que es la única que puede conducir acertadamente sus esfuerzos intelectuales. En este punto se dirige específicamente a los postulados científicos y filosóficos de Hume, quien llegó incluso a negar la existencia de Dios.

“Es necesario haber perdido el juicio para creer que Dios haya encomendado a las academias el cuidado de enseñar lo que El es y lo que le debemos. A los prelados, a los nobles, a los grandes dignatarios del Estado es a quienes corresponde ser depositarios y guardianes de las verdades conservadoras y consoladoras; enseñar a las naciones lo que es bueno y lo que es malo, lo que es verdadero y lo que es falso en el orden moral y en el espiritual; los demás no tienen derecho a tratar de esta clase de materias. ¿De qué se pueden quejar teniendo las ciencias naturales para cultivar su inteligencia?. En cuanto al que habla o escribe para arrebatarse a un pueblo un dogma religioso, debe ser castigado como ladrón doméstico. Hasta Rousseau convino en esto, sin darse cuenta de que pedía para él mismo esa pena. ¿Por qué se ha cometido la imprudencia de conceder la palabra a todo el mundo? eso es lo que nos ha perdido. Los filósofos (o aquellos de la clase que se ha nombrado) tienen todos una dosis de orgullo tan feroz y rebelde, que a nada se aviene: aborrecen, sin excepción, todas las distinciones que ellos no disfrutaban; no hay autoridad que les agrade; nada superior a ellos que no aborrezcan. Dejados hablar y todo lo impugnarán, hasta a Dios, porque es jefe. Ved si estos no son los mismos hombres que han escrito contra los reyes y contra el que los ha establecido...” (Veladas de San Petersburgo, pp.294-295.)

Además de esto, de Maistre concede un valor desmedido a la superstición y al espíritu profético, no como fanatismo sino como fuente de conocimientos útiles para el conocimiento científico, moral y político, por cuanto los excesos a los que son sometidas las creencias las afirman y fortalecen antes que extraviarlas.

En su obra *Consideraciones sobre Francia*, Maistre se ocupa principalmente de sus disertaciones políticas, en las que rescata el valor de la autoridad monárquica, desvirtuando las pretensiones del régimen republicano instaurado a partir de la revolución. Sus postulados políticos encajan perfectamente con los religiosos y filosóficos: también en ellos descarga Maistre en la Providencia la tutoría, negando efectividad a cualquier intento del hombre por determinar el rumbo que habrán de tomar los acontecimientos, así como cualquier intento humano de legislación y deliberación en lo que atañe a sus destinos políticos. Es la Divinidad entonces el origen de toda autoridad, como lo es de toda ciencia y conocimiento legítimos. Esto se explica también por el hecho de encontrar su origen en dogmas y milagros: toda institución divina y humana, encuentra su legitimidad en sus orígenes divinos, y por ello inexplicables para la razón.

La filosofía o la razón, que tanta preeminencia alcanzaron en el siglo XVIII, no suplen las bases supersticiosas sobre las que debe erigirse toda institución para asegurar su veracidad y su duración porque "Todas las instituciones imaginables reposan sobre una idea religiosa, o de otro modo no hacen más que pasar. Son fuertes y duraderas en la medida en que están *divinizadas*, si es permitido expresarse así... La religión, mezclándose en todo, anima y sostiene todo" (*Consideraciones sobre Francia*, pp. 52-53). Ningún esfuerzo humano puede contradecir los planes que la Providencia ha trazado con anterioridad y hacia el cumplimiento de los cuales está dirigido todo acontecimiento y acción, tanto humana como divina. De esta forma, aún los esfuerzos revolucionarios por menguar fuerza y preeminencia a la religión y a la monarquía en los asuntos políticos, sólo contribuyen a cumplir los planes divinos, en vez de debilitar la acción providencial, como pretenden los ingenuos revolucionarios.

Estas culpables acciones que van en contra de los designios divinos, vician a Francia y a sus destinos, haciéndola merecedora de un castigo por parte de la Providencia. Este castigo no es otro que la revolución y todo el desorden que esta trajo consigo a nivel político y moral: la caótica República, con sus ilegítimas Constituciones, el terror de Robespierre, entre otros. Sin embargo, este castigo también está dirigido al cumplimiento de los planes providenciales, que no se ven alterados por la débil acción humana.

A la *gangrena* revolucionaria y republicana, Maistre contrapone la saludable monarquía que, al estar abalada por la Divinidad, en lugar de ser el producto de las vanas deliberaciones humanas, está destinada a durar y a alcanzar la victoria en todas sus luchas por derrocar los regímenes advenedizos instaurados por la *satánica* Revolución. Por medio de su obra, Maistre pretende convencer a sus contemporáneos de las ventajas del antiguo régimen, comparadas con los desórdenes del nuevo, apelando para ello, entre otras cosas, a la *fuerza oculta* que opera en los asuntos políticos y que hace inminente la restauración de la monarquía, a pesar de los esfuerzos que se hagan por evitarla.

Parte de la acción de esta *fuerza* la constituye la existencia perenne de la guerra, reivindicada por de Maistre como decreto divino, como parte de sus planes, para castigar al hombre por su maldad y su culpabilidad. Esta defensa de la guerra y de su carácter inevitable, acercan a de Maistre a los postulados totalitarios que tanta preeminencia alcanzaron en el siglo XX y que, en gran medida, dieron la razón a las pesimistas opiniones de Maistre acerca de la viciada naturaleza humana, lo que reivindica en algo su obra, presentándonosla como portadora de verdades que sólo el futuro podría confirmar. Sus descripciones descarnadas de la condición humana y del momento histórico que le tocó presenciar, lo convierten en un crítico realista del hombre y de la historia.

Lo que pretendo resaltar, es cómo de Maistre parte de su teodicea, de su justificación de la Providencia, para cimentar su discurso filosófico y político, que queda explicado en su crudeza y pesimismo por la maldad que se halla en la base de la naturaleza humana. Esta condición viciada justifica las denuncias que hace de Maistre de su época, alejada cada vez más de los dictámenes religiosos y dogmáticos, lo que la lleva irreversiblemente a la ruina que evidencia el autor. Se trata también de advertir sobre el mérito de un autor cuya obra hubo de esperar más de un siglo para que la posteridad le otorgara la razón y que aún con la evidencia que sus postulados pesimistas alcanzaron en el siglo XX, no han merecido la atención adecuada a pesar de estar fundamentados en dogmas y supersticiones, pero que nos llevan a unas conclusiones ante las cuales no podemos más que reconocer su realista crudeza, o para ponerlo en palabras de Cioran: "Sus constataciones nos parecen exactas; sus teorías y juicios de valor

inhumanos e injustificados" (Cioran, *Ensayo sobre el pensamiento reaccionario*. Bogotá, 1991. p.24)

Con todo, me parece conveniente y útil rescatar planteamientos que contradicen la ilustración, que desde su origen se ha constituido en el pilar del desenvolvimiento filosófico y científico, por lo que todo cuanto se opone a sus planteamientos nos parece oscuro y descabellado, descuidando aquellos aspectos en los que los detractores de la Ilustración pudieran ayudarnos a adoptar una visión de los acontecimientos, de la filosofía, de la ciencia, en fin, del hombre, tan valiosa como la de la misma Ilustración a la hora de encauzar nuestra labor de investigación, en lo sucesivo.

REFERENCIAS

- DE MAISTRE. JOSEPH. *Consideraciones sobre Francia*. Madrid: Editorial Tecnos, 1990.
- *Las Veladas de San Petersburgo*. Madrid: Editorial Espasa Calpe. 1998.
- CIORAN. E. M. *Ensayo sobre el pensamiento reaccionario*. Bogotá: Tercer Mundo Editores. 1991.